

EL ANTICOMUNISMO Y EL XXV CONGRESO

EL XXV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética se ha reunido en unas circunstancias internacionales muy complejas por lo que se refiere al comunismo. Por una parte, están las reticencias cada vez mayores de los partidos comunistas occidentales —los “partidos hermanos”, en la terminología clásica— no sólo con respecto a ciertos puntos doctrinales que continúan siendo básicos en la URSS y en la Europa del Este, sino con el mismo comportamiento político del Gobierno soviético en el interior. Por otro, la crisis abierta en China, también sobre cuestiones teóricas en principio, pero sobre todo por cuestiones de comportamiento. Y de una manera acuciante y persistente, la nueva y amplia ofensiva anticomunista que parte de Washington y alcanza de lleno a todo occidente. Cada uno de estos factores acelera a los demás: se intercomunican todos ellos. Y se crean amplias contradicciones. Por ejemplo, los Estados Unidos insisten en la coexistencia con la URSS y con China —están condenados a ella, pese a la importancia de las fuerzas adversas—, para lo cual han de admitir que ese comunismo gobernante no es agresivo y es más esperanzador que en épocas anteriores, mientras al mismo tiempo acusan a los partidos comunistas occidentales de ser obedientes a Moscú; estos partidos, a su vez, se distancian cada vez más de Moscú, reciben las quejas oficiales del XXV Congreso, sin por ello ser exonerados de “sovietismo” en sus países ni por sus eventuales aliados políticos. Y, al mismo tiempo, la URSS se endurece con los “partidos hermanos” que practican un cierto oportunismo y también contra los “reaccionarios” que se oponen a la reducción de tensiones internacionales.



El XXV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética se ha reunido en un momento especialmente crítico para el comunismo internacional. En la foto: los asistentes al Congreso, ante el mausoleo de Lenin.

LA nueva ola del anticomunismo partida de Washington tiene ya su par de años de existencia, pero se recrudece en estos momentos. Hay varias razones circunstanciales para ello. Una es la proximidad de las elecciones presidenciales, que requieren que una Administración tenida por “liberal” trate de ganar la confianza de la derecha. Otra es la presión de los grandes grupos de poder que están haciendo una campaña según la cual Estados Unidos están perdiendo todas sus batallas políticas contra el comunismo. La tercera es una auténtica, una real mejora de posiciones de los partidos comunistas en Europa y una tendencia a agruparse con ellos —aunque sólo sea coyunturalmente— por parte de otras fuerzas de la izquierda.



El general Haig, comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa, ha rechazado en términos durísimos la presencia de comunistas en Gobiernos de países integrados en la OTAN, sin preocuparse de lo que piensan los propios ciudadanos de esos países.

La reducción de influencia y de importancia del partido comunista en Portugal no impide que todavía tenga puestos en el poder y fuerza en el país por primera vez en cincuenta años. En Grecia ha regresado a ser legal, también por primera vez desde la posguerra. Pero lo que más preocupa a Washington es la posibilidad creciente de que llegue a estar de alguna forma representado en los Gobiernos de Italia y de Francia: algo que es muy probable —si la nueva ofensiva americana no lo evita— en un futuro.

Washington ha perdido, frente a esto, toda contención diplomática. El general Haig, comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa, ha perdido su necesaria neutralidad con respecto a los Gobiernos integrados en la organización para hablar del “peligro de muerte” —son sus palabras— que supondría la presencia de comunistas en Gobiernos occidentales. Al parecer, las palabras de Haig —según la agencia France Presse— tuvieron esta dureza: “Con respecto a los demás Estados de la Europa del Oeste (se había referido previamente a Portugal), altamente industrializados, no toleraré la presencia de tales partidos en el poder”: fuentes americanas han rectificado después en el sentido de no se trata de “no tolerar” sino de señalar que “la participación de partidos comunistas en los Gobiernos de países occidentales tendría importantes consecuencias para la OTAN y para las relaciones de los Estados Unidos con esos países”; pero nadie ha rectificado la frase de Ford diciendo que era “categóricamente opuesto a la entrada de comunistas en el Gobierno de un país miembro de la OTAN, y puedo citar a Italia”, ni la de Kissinger: “Los intereses de los partidos comunistas son incompatibles con los de los Gobiernos democráticos miembros de la OTAN”. La Embajada de los Estados Unidos en París ha explicado que “los americanos encontrarían difícil comprender por qué protegeríamos a esos países contra el comunismo si tienen ya comunistas en su Gobierno”. Pero nadie se



"Ceder al oportunismo puede procurar ventajas provisionales, pero a largo plazo dañaría fatalmente al partido", ha declarado Brejnev en el XXV Congreso. En la foto, el primer secretario del PCUS entre Suslov, izquierda, y Cunhal, del PCP.

preocupa de lo que los europeos piensan de que una parte importante de sus conciudadanos —en Italia y en Francia los partidos comunistas son segundos en número de votantes— son forzosa-mente alejados de participar en la Administración política y social de sus países por los mismos Estados Unidos que profundizan sus negociaciones, sus comercios, sus acuerdos globales, con la Unión Soviética, con China y con otros países comunistas. Ciertamente que los Gobiernos de estos países no profundizan demasiado en esta

contradicción porque, por sí mismos, como representantes del capitalismo industrial, tienen ya su oposición propia al comunismo.



La nueva ola de anticomunismo partida de Washington tiene ya su par de años de existencia, pero se recrudece ahora. En la foto, Castro cuyo régimen ha sido calificado por Ford de "delincuente internacional", se dirige a los asistentes al Congreso del PCUS.

PERO nadie puede dejar de pensar qué ocurriría si en Italia se llegase a un compromiso electoral entre comunistas y socialistas que les diera acceso al Gobierno; ni qué sucedería en Francia si la unión de la izquierda, que sigue formando un frente electoral a pesar de sus disensiones internas, ganase las próximas elecciones. ¿Serían estos países expulsados de la OTAN? ¿Cómo y hasta qué punto ejercería Halg su intolerancia, o Ford su oposición categórica? Es evidente que de lo que se trata ahora es de evitar, precisamente, que estas alianzas se produzcan o se mantengan. Pero las lecciones de la etapa anticomunista anterior pueden

no haber sido aprovechadas por la derecha o por Washington, pero sí por la izquierda.

La izquierda no olvida que la tensión de la guerra fría arrojó sus partidos al centro, cuando no a la derecha, para no caer en la ofensiva anticomunista, y que precisamente por ello las clases desfavorecidas de la sociedad se inclinaron hacia los partidos comunistas. Nunca estuvieron tan bajos de afiliados y de peso político nacional los partidos socialistas de Francia y de Italia como en esos momentos en que tuvieron que aliarse con la derecha; y si los comunistas perdieron puestos en las asambleas, fue solamente por las manipulaciones de las leyes electorales, y no por descenso de

su número de afiliados y de votantes, que fue poco importante.

La lección de que el anticomunismo violento o forzado no ha dado resultados —y la prueba es su importancia actual— no ha sido aprendida. Cuando unas contracciones económicas importantes en toda Europa hacen renacer —o revelarse más claramente— la lucha de clases, el anticomunismo antiguo hace de nuevo su aparición, sin medir su alcance.

LA baza principal de la propaganda anticomunista sigue siendo la misma. A saber: que las modificaciones ideológicas y de objetivos de los comunistas occidentales son puras maniobras, y que su fondo es siempre el mismo de la conquista del poder y el establecimiento de la dictadura del proletariado, digan lo que digan sus dirigentes. Casi parecen coincidir con las palabras de Brejnev en el XXV Congreso cuando dice de los partidos comunistas occidentales que hacen "concesiones al oportunismo". Si no fuera más que un oportunismo, tendrían razón los críticos anticomunistas. La explícita frase de Brejnev es ésta: "Ceder al oportunismo puede procurar ventajas provisionales, pero a largo plazo dañaría fatalmente al partido que se entregue a ese género de acción". Brejnev admite la existencia de divergencias de opinión entre comunistas de distintos países, aunque "la propaganda enemiga haya, en numerosas ocasiones, obtenido buen material sensacionalista de ello"; pero "los marxistas leninistas abordan estas cuestiones como internacionalistas (...) y no se trata, en este aspecto, de transigir sobre cuestiones de principio, de admitir conceptos y acciones en contradicción con la ideología comunista. Esto está excluido. Sobre todo porque el revisionismo de derecha como el revisionismo de izquierda no están inactivos, y la lucha por los principios marxistas leninistas contra las tentativas de desnaturalizarlos y torpedearlos sigue siendo la tarea común de todos". Ciertamente, de la misma forma que la opinión pública europea se pregunta por qué los Estados Unidos transigen con la URSS y proscriben los comunismos nacionales de otros países, la opinión comunista podría pensar también por qué la URSS puede practicar la coexistencia en lo internacional, o por qué China recibe con entusiasmo al más desprestigiado de los reaccionarios —Nixon— y los partidos comunistas europeos no pueden negociar su coexistencia con los otros partidos de la izquierda.

LO que parece bastante visible es que, en estos momentos, ni el comunismo intransigente ni el anticomunismo intolerante son coherentes con la situación política de occidente. Las vías de enfrentamiento son otras muy distintas que en los años en que la tercera guerra mundial parecía inminente. De otra manera, la situación real estaría falseada, con sus consiguientes peligros. ■